

# Ruanda-Burundi o la lenta agonía del África de los Estados

Mbuyi Kabunda \*

## Introducción

Los dramáticos acontecimientos sucedidos hace escasos meses en Burundi y Ruanda, tras los de Etiopía, Liberia, el sur de Sudán y Somalia, para limitarse sólo a los más llamativos, ponen de manifiesto el inicio de un nuevo orden-desorden que atraviesa el continente africano.

Sin confinarlas a la única dimensión simplista de conflictos tribales, estas contiendas que se caracterizan por la fuga y/o el asesinato de los Jefes de Estado, representantes del Africa oficial, inauguran una situación inédita de revancha de la sociedad civil contra los poderes establecidos en manos de una minoría o mayoría tribal, social o confesional excluyente.

Existe todavía una larga lista de espera de Estados anémicos (Angola, Mozambique, Chad, Malí, Níger, Zaire..) en los que el “Africa de las nacionalidades milenaria” o el “Africa profunda” se prepara a tomar el relevo del Africa de los Estados (1), que a través de sus élites occidentalizadas al servicio de los intereses clánicos, ha fracasado en sus funciones de modernidad y de desarrollo.

En esta Africa, que ha perdido cualquier importancia estratégica al desaparecer la rivalidad Este-Oeste, los golpes de Estado apoyados o no por las potencias externas y que permitan a un grupo de usurpadores suceder a otros de la misma calaña, han dado paso a las insurrecciones armadas encabezadas por grupos étnicos que pretenden actuar en nombre de la liberación nacional. Se aprovechan de la retirada de los titiriteros extranjeros

---

(\*) Profesor de Relaciones Internacionales . Universidad de Lubumbashi (Zaire)

para acabar con los "nuevos colonos" mediante un segundo proceso de descolonización, que en los casos de Burundi y Ruanda, se ha ilustrado con la aniquilación física de la casi totalidad de la clase política. Sería preciso hablar en dichos casos de una verdadera "limpieza étnica intelectual".

El Estado centrípeto de origen colonial y las nacionalidades centrífugas del África precolonial se oponen y se excluyen, por tener cada uno su propia legitimidad. El primero, bajo la excusa de la creación de un Estado-nación e inspirado en las prácticas coloniales, ha frustrado las aspiraciones populares a través de las injusticias institucionalizadas para servir a los intereses sectarios. Las segundas reaccionan mediante la destrucción del orden estatal, fuente de los privilegios de los que lo manipulan. Esta dialéctica es generadora del desorden actual del que Burundi y Ruanda constituyen las escenas más tristes.

La ruptura brutal de la legitimidad tradicional, fuente de la coexistencia pacífica entre los grupos socioprofesionales, por la falsa dicotomización colonial entre tutsis y hutus y por la gestión étnica del Estado poscolonial por las clases dirigentes integristas tutsis en Burundi y hutus en Ruanda, explica los genocidios actuales debidos al miedo de la dominación del otro, a través del control de las estructuras y mecanismos del Estado. Estando en el centro de la confrontación, es la propia existencia de dicho Estado la que está amenazada de desaparición. Tal eventualidad, en el caso de suceder, podría tener un efecto dominó en la región y en el Continente.

### **I. La coexistencia pacífica Hutus-Tutsis en el período precolonial.**

Situados en el África de los Grandes Lagos o la zona interlacustre del África Central, los territorios actuales de Ruanda y Burundi fueron ocupados inicialmente por los twas pigmoides, considerados como los primeros habitantes de la región, a los que se sumaron los hutus y, a partir del siglo X hasta el siglo XVII, los tutsis (2), por migraciones sucesivas.

Tanto en Ruanda como en Burundi, la nueva configuración de la población se caracterizaba por la existencia de cuatro grupos sociales: los hutus, tutsis, ganwas (exclusivamente en Burundi) y los twas, categorías socioprofesionales basadas en una división del trabajo. Los hutus bantúes se ocupaban de la agricultura, los tutsis nilóticos de la ganadería y los twas o pigmeos de la caza. En cuanto a los ganwas considerados como un grupo mestizo de aristócratas, se les asimilaba a los tutsis.

Entre estos grupos, que dependían de un mismo rey (el mwami), existía una homogeneidad cultural y lingüística, como resultado de la adhesión e imposición a los pueblos sedentarios de origen bantú de la cultura estatal y del modo de vida de los invasores tutsis, y de la adopción por estos de la civilización agraria de los pueblos sometidos. Las nuevas relaciones así creadas condujeron a asociaciones y diversificación de las actividades: muchos hutus se asociaron con los tutsis, ocupándose de la ganadería y ciertos tutsis orientaron sus actividades hacia la explotación agrícola (3).

Existían unas redes sociales complejas basadas en derechos y deberes recíprocos entre tutsis y hutus con un claro predominio social a favor de los primeros, predominio debido a la voluntad de asimilación de la civilización tutsi por los hutus. Estaban excluidos de estas redes los twas, al vivir al margen de la sociedad. Sin embargo, se había creado una alianza entre los twas y los príncipes o terratenientes ganwas, que se encargaban de su protección.

Pese a las diferencias sociales relativas entre ambos grupos, se registraban matrimonios mixtos tutsi-hutu, mucho más frecuentes en Burundi que en Ruanda, con las consiguientes mezclas de las poblaciones de los dos países.

Con la colonización europea iniciada a finales del siglo pasado, la organización social y la consciencia de pertenencia nacional en Ruanda y Burundi fueron destruidas por la visión y las divisiones raciales introducidas por los colonizadores para las necesidades de dominación.

## II. La colonización y el mito de la superioridad Tutsi.

En muchas partes del continente africano, la colonización creó “tribus” o “etnias” manipuladas en las políticas indígenas para sentar la dominación, según el principio de “divide y vencerás”.

Siguiendo esta lógica, la colonización belga que se inició en Ruanda y Burundi en 1916, tras la alemana, convirtió a las categorías socioprofesionales de estos países en “razas”, “tribus”, “etnias” y “castas”, creando así una falsa bipolarización o dicotomización entre la “minoría tutsi” y la “mayoría hutu”.

En esos países, en realidad sin etnias, al tener tanto Burundi como Ruanda, con algunos matices, los mismos grupos unidos por la lengua, el territorio y la historia, con frecuentes intercambios precoloniales basados en el equilibrio y la complementariedad, asegurados por el sistema real, la colonización modificó estas relaciones, mediante la desarticulación de la sociedad tradicional, el fortalecimiento de los antiguos antagonismos y la creación de nuevas solidaridades, con la consiguiente competición por el poder entre dichos grupos (4).

La ideología colonial junto a la misionera, con el apoyo de la antropología de la época, con el objeto de conseguir colaboradores locales de la colonización y facilitar la evangelización o la creación de un “reino cristiano en Africa Central”, creó una “raza hamítica” a la que se confió una misión política y religiosa para sentar la dominación del poder colonial y convertir el conjunto de la población al cristianismo (5).

De este modo, se procedió a la bipolarización social, política y profesional de la sociedad burundesa y ruandesa, a partir de criterios físicos y morales entre tutsis (nobles, ganaderos y dominadores) y hutus (campesinos, agricultores y dominados). Nació así “la teoría hamítica”, que hacía de los tutsis, considerados como inteligentes y destinados a gobernar, una “raza” superior a los hutus de origen bantú, destinados a obedecer.

A través de la reorganización administrativa de la sociedad en detrimento de las autoridades tradicionales y de los hutus, la administración colonial belga se alió con los tutsis, utilizados como intermediarios entre los colonos y el resto de la población. Según puntualizan Joseph Gahama y Augustin Mvuyekure, “se adulaba a los tutsis haciéndoles creer que su origen no tenía nada en común con el de sus sujetos, provocando una cristalización de las divisiones entre las distintas categorías sociales (6). Los tutsis y los ganwas, asimilados con los primeros, llegaron así a creer en su superioridad.

El mututsi (hombre tutsi), descrito como un gigante de más de 1,80 m. o como un “blanco con piel negra”, era sinónimo de belleza y de poder, mientras que el muhutu (hombre hutu) era identificado con el “verdadero negro” con todos los tópicos coloniales. Los “enanos” twas eran reducidos a la condición de “parias”.

El concepto de mututsi, inicialmente identificado con un grupo socioprofesional, daba paso a significar, como consecuencia del mito de la “hamitización”, rico y gobernante, a pesar del hecho de que muchos tutsis y hutus compartían la misma situación social. La “clase minoritaria y noble tutsi” de origen hamítico quedó en contraposición con la “clase mayoritaria y campesina de los hutus” bantúes.

Todas estas falsas consideraciones, repetidas con insistencia, tenían como objetivos el fortalecimiento de las desigualdades raciales y la cristalización de las conciencias étnicas, y serán interiorizadas por los interesados. Son responsables desde las independencias de los genocidios mutuos entre hutus y tutsis.

La base étnica, inexistente antes de la colonización, se ha convertido en Burundi en instrumento de la confiscación del poder por la minoría tutsi, y en Ruanda en el de la mayoría hutu.

### **III. La gestión étnica del Estado y la política de intimidación permanente del poder poscolonial.**

La vida política poscolonial tanto en Burundi como en Ruanda, se caracterizará por los enfrentamientos entre hutus y tutsis, para el control del Estado a partir de los esquemas introducidos por la colonización belga, esquemas manipulados por los poderes establecidos que utilizarán la base étnica y el genocidio como modos de gobierno. Ello será puesto de manifiesto a través del análisis de los sistemas políticos burundés y ruandés poscoloniales.

#### **3.1. El sistema político burundés y las rivalidades étnicas hutus-tutsis.**

En la víspera de la independencia de Burundi, en este país de 27.834 Km<sup>2</sup> con una población de 5.356.000 habitantes, de los cuales los hutus representan el 83% y los tutsis el 16%, Bélgica apoyó en las elecciones de 1961 al Partido Demócrata Cristiano (PDC) contra la Unión para el Progreso Nacional (UPRONA), ambos dirigidos por príncipes pertenecientes a diferentes linajes de la familia real; es decir al margen de las coaliciones étnicas.

La victoria de la UPRONA, partido nacionalista que integraba a los distintos elementos de la sociedad burundesa, puso en una situación predominante a muchos militantes hutus, como consecuencia del sufragio universal, en el que se fundamentaban las elecciones. Dicho predominio fue aniquilado por el asesinato del líder del partido, el príncipe Louis Rwagasore, y de los principales líderes hutus reemplazados por las élites tutsis extremistas procedentes del sur del país.

El país accedió a la independencia en 1962 bajo la forma de una monarquía constitucional calcada del modelo belga, es decir, un orden constitucional impuesto desde el exterior y que ignoró el Rey Mwambutsa IV, al fundamentar su legitimidad en la tradición burundesa.

Durante el mandato de Mwambutsa IV, desde 1962 hasta 1965, se produjeron insurrecciones hutus reprimidas con violencia por el gobierno controlado por los tutsis.

El golpe de Estado de septiembre de 1966 encabezado por el Coronel Michel Micombero contra el Rey Ntare V, hijo de Mwambutsa, instauró la República, con la consiguiente confiscación del poder por la minoría tutsi, que por temor a la insurrección hutu, convertirá la limpieza étnica contra los hutus en estrategia gubernamental. La UPRONA, el ejército y la policía controlados por los tutsis, fueron utilizados para el genocidio de los hutus.

La Segunda República nacida del golpe de Estado del Coronel Jean-Baptiste Bagaza, en noviembre de 1976, que además de mantener el orden social pro-tutsi, se enfrentará al contrapoder constituido por la Iglesia Católica, en su intento de imponer a la sociedad civil las estructuras de dominación del partido y del Estado en manos de la minoría tutsi.

De este enfrentamiento con la Iglesia Católica surgió la crisis caracterizada por el aislamiento interno y externo del régimen de Bagaza, con el consiguiente golpe de Estado del Mayor Pierre Buyoya, el 3 de septiembre de 1987, inaugurando la Tercera República. El Nuevo régimen se empeñará en suprimir los aspectos negativos del anterior, en particular la política antirreligiosa, en redistribuir los puestos de dirección sobre la base del equilibrio étnico con una clara preponderancia tutsi (7) y en instaurar una política de reconciliación nacional, ilustrada por la adopción por referéndum de la Carta de la Unidad en febrero de 1991.

Desde Michel Micombero pasando por Jean-Baptiste Bagaza hasta Pierre Buyoya, todos miembros de los clanes hima y yanze pertenecientes a la etnia minoritaria tutsi, el sistema político burundés se ha fundamentado en el fortalecimiento de un Estado tutsi destinado a perpetuar la hegemonía tutsi, utilizando el partido único, la UPRONA, y el ejército. Todos ellos se inspiraron en la teoría colonial de la "raza superior".

Este clima de exclusión acompañado de una política de exterminio hutu ilustrada por las matanzas de 1965, 1972 y 1988, con el objetivo no confesado de conseguir la igualdad numérica de ambas etnias, provocará la reacción hutu, con el subsiguiente aumento de la conciencia étnica.

Contra el integrismo tutsi se levantará el Partido para la Liberación del Pueblo Hutu de Burundi (PALIPEHUTU), encargado de la concienciación y la movilización del pueblo hutu, sobre la base étnica para enfrentarse a la intimidación permanente tutsi.

Tras los acontecimientos de agosto de 1988 y contra toda previsión, el Presidente Buyoya se compromete a una política de unidad y de paz basada en el principio de equilibrio étnico, con el nombramiento de hutus en un 50% tanto en el gobierno como en el Comité Central de la UPRONA. Este proceso de cambio culminado por la mencionada Carta de la Unidad y la adopción de la nueva Constitución en diciembre de 1992, debería establecer una paz duradera entre hutus y tutsis, como condición previa a la celebración de las elecciones generales para el primer trimestre de 1993. Era bastante tarde, ya que las conciencias étnicas se habían fortalecido y no estaban dispuestas a hacerse concesiones.

### 3.2. El sistema político ruandés y las rivalidades étnicas hutus-tutsis.

En la vecina Ruanda con una superficie de 26.336 Km<sup>2</sup> y una población de 7,1 millones de habitantes, integrados por los hutus (90%), tutsis (9%) y twas (1%), la guerra civil entre tutsis y hutus en 1959 puso fin al reino tutsi reemplazado por un poder hutu apoyado por la antigua potencia colonial, Bélgica, y por la Iglesia Católica.

En 1962, el país accedió a la independencia con el régimen hutu dirigido por el Presidente Grégoire Kayibanda, que pronto se empeñará en una política sectaria y excluyente de la minoría tutsi. Dicho poder, fundamentado en el "anti-hamitismo" y el Partido del Movimiento para la Emancipación Hutu (PARMEHUTU), considera a Ruanda como un país hutu en el que los tutsis son identificados como extranjeros. De ahí la cruzada anti-tutsi, ilustrada por la expulsión y el exilio de los tutsis hacia los países vecinos (Burundi, Uganda y Zaire). Esta política de exclusión será seguida por el General Juvenal Habyarimana, que sucedió en 1973 a Kayibanda, mediante un golpe de Estado militar.

Juvenal Habyarimana, un hutu al igual que su predecesor, mantendrá un poder paternalista y autoritario durante veinte años, apoyándose en discursos de limpieza étnica y operaciones de terror contra los tutsis, excluidos de la vida política y social, a través de un sistema oficial de cuotas para mantener el "equilibrio étnico", otorgando a los tutsis sólo el 9% de puestos en la educación y el mercado del trabajo.

Este sistema, a pesar de la política de reconciliación nacional preconizada por Habyarimana, que reemplazó el PARMEHUTU por el Movimiento Republicano Nacional para la Democracia y el Desarrollo (MRNDD) -partido único-, seguirá siendo la piedra angular del régimen y de los extremistas hutus (8), para imponer y defender los intereses hutus.

Apareció así el mito de un poder hutu basado en el exterminio y la exclusión de los tutsis. Esta tesis inspirará a unos para rechazar cualquier acercamiento con el poder de Kigali y a otros para exigir un compromiso político. Es decir, un complejo que conducirá a una dialéctica permanente, bloqueando cualquier evolución pacífica del país (9).

Es en este contexto en el que el Frente Patriótico Ruandés (FPR) integrado en su mayoría por los refugiados tutsis en Uganda, de los cuales se sirvió el actual presidente de este país, Yoweri Museveni, él mismo tutsi, en su lucha de liberación contra el poder de Kampala, atacó el noreste de Ruanda en octubre de 1990. La vecina Uganda de Museveni, fuertemente armada, tenía que pagar un día la factura de la ayuda que le suministraron los tutsis ruandeses opuestos al poder hutu de Kigali.

Con el apoyo de las tropas zaireñas y francesas, las autoridades ruandesas consiguieron detener el avance de las tropas del FPR. Se negaron a negociar con el FPR que reclamaba ser reconocido como una oposición armada. La Ley sobre el multipartidismo, adoptada el 2 de junio de 1991 por el Parlamento ruandés, excluye la participación del FPR, que había de renunciar previamente a la lucha armada y convertirse en partido político.

El sistema político ruandés, al igual que el burundés, respectivamente en manos de extremistas hutus y tutsis, se fundamentaba en la discriminación y la exclusión oficiales, fuente de frustración de los excluidos, mayoritarios en Burundi y minoritarios en Ruanda. La diferencia estriba en el hecho de que en el primero los hutus no disponen de una resistencia armada y por ello están sometidos a la represión del ejército tutsi, mientras que en el segundo los tutsis identificados con el FPR disponen de un instrumento de contrapeso militar contra el ejército gubernamental hutu, las Fuerzas Armadas Ruandesas (FAR). De hecho la alternancia democrática es posible en Burundi e imposible en Ruanda, donde la minoría armada adopta una actitud radical basada en una solución militar. Todas estas consideraciones influirán en el proceso de democratización de ambos países, facilitado en Burundi por la política de apertura y de reconciliación nacional de Pierre Buyoya y dificultado en Ruanda por los extremistas armados de ambas bandas.

#### **IV. El proceso de democratización y el resurgimiento de los conflictos interétnicos**

Bajo la presión popular e internacional, y para seguir la corriente democrática que ha afectado al Continente desde comienzos de la década de los 90, el poder burundés y el ruandés se comprometerán en el proceso democrático, con distintos caminos y suertes, pero desembocando ambos en genocidios mutuos entre tutsis y hutus.

##### **4.1. El proceso democrático burundés y el conflicto hutu-tutsi.**

Tras los antagonismos étnicos de agosto de 1988, que se saldaron con un balance de entre cinco y veinte mil muertos, en su mayoría hutus, el Presidente Pierre Buyoya expresó, como queda dicho, su voluntad de erigir el diálogo y la concertación entre hutus y tutsis en modos de gobierno, mediante la instalación de instituciones democráticas.

Dichas instituciones fueron definidas en la Carta de la Unidad Nacional que establece la igualdad de todos ante la ley y el derecho de los ciudadanos, independientemente de sus orígenes étnicos, a participar en las elecciones libres, y en la nueva Constitución (diciembre de 1992) que instaura el multipartidismo integral y el sufragio universal directo (10), al margen de las solidaridades etnicistas y regionalistas.

En las elecciones presidenciales y legislativas de junio de 1993, salió vencedor el Frente por la Democracia en Burundi (FRODEBU), partido de mayoría hutu liderado por Melchior Ndadaye, con el 65% de sufragios expresados. La UPRONA del antiguo presidente Pierre Buyoya consiguió el 34% de los sufragios, más allá de su electorado étnico (16%).

A pesar de nombrar a Sylvie Kinigi, una tutsi, como primera ministra, y a siete ministros tutsis en su gobierno integrado por veintidós ministros, manifestando así su voluntad de reconciliación nacional, Melchior Ndadaye no pudo atraerse la simpatía de la jerarquía militar tutsi. Esta interpretó la victoria de Ndadaye como un golpe de Estado tribalodemocrático.

El compromiso del nuevo presidente electo de luchar contra el favoritismo de la UPRONA y de reestructurar el ejército sobre la base del equilibrio étnico, para darle un carácter nacional, suscitó temores en el grupo tutsi. Como era de esperar, los jefes militares tutsis, o al menos ciertos militares tutsis, reaccionaron asesinando al presidente y a sus principales colaboradores, el 21 de octubre de 1993.

Este asesinato fue seguido horas después por el genocidio, en el centro y el noreste del país, de los tutsis y de los hutus miembros de la UPRONA acusados de colaborar con los tutsis golpistas, por los campesinos hutus. Los militares tutsis respondieron con una sangrienta represión para vengar a sus familiares, poniendo en ejecución su plan premeditado de exterminio de los hutus.

Estos enfrentamientos han tenido una connotación más política que étnica, al basarse en la oposición UPRONA-FRODEBU: las milicias de la formación extremista panhutu, el PALIPEHUTU, han asesinado a muchos líderes hutus moderados pertenecientes al FRODEBU.

El golpe de Estado fracasó merced a la actuación enérgica de la Primera ministra Sylvie Kinigi, que había conseguido la colaboración y la adhesión de muchos gobernadores militares tutsis contra los golpistas (11), y sobre todo por la división clánica dentro del propio grupo tutsi entre los seguidores de Pierre Buyoya, pertenecientes al clan hima y opuestos a la intentona golpista, y los de Jean-Baptiste Bagaza, miembros del clan yanze, hostiles al poder hutu.

Ante la imposibilidad de celebrar nuevas elecciones, dada la falta de medios financieros y la dificultad de organizar el censo de la población, como consecuencia de las incontables matanzas y desplazamientos, el FRODEBU, de común acuerdo con el ejército y los partidos de la oposición, eligió en febrero de 1994 a Cyprien Ntaryamira, ministro de Agricultura en el precedente gobierno, como nuevo presidente, con un equipo gubernamental integrado por extremistas hutus y tutsis.

La muerte de Cyprien Ntaryamira, el 6 de abril de 1994 en un atentado de avión en Kigali junto al presidente ruandés, ha conducido al nombramiento del ministro de Asuntos Exteriores, Sylvestre Ntibantunganya, un extremista hutu del FRODEBU, como presidente interino, el 7 de abril de 1994.

El balance de estos genocidios es alarmante: 300.000 muertos y 600.000 personas refugiadas en los países vecinos (Zaire, Ruanda y Tanzania), en condiciones infrahumanas.

Se necesitarán muchas décadas para reconciliar a los burundeses, víctimas de las manipulaciones político-étnicas. Al contrapoder tutsi, que controla el ejército y los sectores claves de la economía y apoyado por los rebeldes ruandeses mayoritariamente tutsis, se está levantando una resistencia armada hutu (12) con la que simpatiza el poder de Kigali. Mientras que sigan estas dialécticas, el temor y la desconfianza mutuos, Burundi estará siempre al borde de la guerra civil. Ello viene ilustrado por la regionalización del conflicto a partir de las afinidades político-étnicas que se están perfilando.

#### 4.2. El proceso democrático ruandés y el conflicto hutu-tutsi.

En Ruanda donde el Presidente Juvenal Habyarimana se había limitado a una tímida apertura democrática controlada por el poder, mediante "la negación superficial de la situación étnica" (13), con una incoherente política de equilibrio regional y étnico (14), el proceso democrático fue bloqueado por la guerra entre las FAR y el FPR, dirigido por Alexis Kanyarengwe, un hutu antiguo dignatario del régimen, y el General Paul Kagame, el jefe militar del FPR y extremista tutsi formado en la guerrilla ugandesa. Esta guerra duró tres años, de 1990 a 1993, con exacciones a las poblaciones señaladas en ambas partes.

Para manifestar su voluntad de apertura, el Presidente Habyarimana instauró el multipartidismo (junio de 1991), nombró a una tutsi, Agathe Uwilingiyimana, al puesto de primer ministro con importantes cesiones de poder a la minoría tutsi, y dimitió de la presidencia del MRNDD (marzo de 1993), el antiguo partido único creado en 1975.

Dicha apertura, considerada como excesiva por el entorno de Habyarimana dominado por los extremistas hutus, no convenció al FPR de la buena fe del presidente opuesto por razones económicas y demográficas (15) al retorno de los refugiados ruandeses expulsados del país por las sucesivas matanzas, desde 1959 hasta 1993.

Con la mediación de los países vecinos y bajo la presión de Bélgica y Francia, el gobierno ruandés y el FPR firmaron los acuerdos de paz de Arusha (Tanzania), el 4 de agosto de 1993.

En Arusha, las partes acordaron la instalación de las instituciones de transición, bajo el control de la Misión de las Naciones Unidas para la Asistencia en Ruanda (MINUAR), a saber: la presidencia de la República, el gobierno de coalición nacional integrado por todos los partidos políticos y el Parlamento de transición.

El gran vencedor de dichos acuerdos es el FPR, que no sólo había logrado importantes puestos ministeriales y la retirada de las tropas francesas, que intervinieron en octubre de 1990 y en febrero de 1993 para apoyar a las FAR, es decir, el Presidente Habyarimana, contra los rebeldes del FPR que invadieron el norte del país, procedentes de Uganda, sino que además, había conseguido el derecho de instalar sus tropas en Kigali para proteger a

sus dirigentes llamados a trabajar en las instituciones de transición, y para ser integradas en el futuro ejército unificado.

Debilitado por las disensiones interhutus (los hutus del sur se sienten marginados a favor de los hutus del norte al que pertenece el Jefe de Estado), y presionado a la vez por los extremistas hutus de su entorno, opuestos a las concesiones hechas a los tutsis, y por los extremistas tutsis del FPR, decididos a mantener a toda costa las ventajas adquiridas en Arusha, desproporcionadas con su representatividad real, Habyarimana se había sentido aislado. De ahí sus reticencias en aplicar los acuerdos de Arusha.

El atentado contra el avión presidencial, que regresaba de la cumbre de Dar-Es-Salaam, consagrada a la crisis ruando-burundesa, y en la que Habyarimana fue presionado por los participantes para aplicar los acuerdos de Arusha, fue atribuido simultáneamente a ambos extremismos, e incluso a las tropas belgas de la MINUAR, encargadas de la seguridad en el aeropuerto de Kigali. Dicha atribución fue motivada por la política colonial pro-tutsi de Bélgica, que en los últimos años se mostró reacia al apoyo incondicional galo a Habyarimana y a su "mala compañía" con el presidente zaireño, Mobutu Sese Seko (16).

La tesis más creíble sería la de una operación llevada a cabo por el FPR decidido a imponer una solución militar para salvaguardar las adquisiciones de Arusha que perdería en caso de celebrarse las elecciones libres (17), que darían lugar a una aplastante victoria hutu con la subsiguiente confiscación democrática del poder. Además, el FPR quería aprovecharse de este asesinato de dos presidentes hutus, que la casualidad había juntado, para producir un efecto psicológico desorientador entre los hutus, tanto de Ruanda como de Burundi.

Tampoco es oportuno excluir la eventualidad de un asesinato ejecutado por los duros hutus del régimen de Habyarimana, con la colaboración de la guardia presidencial, para poner fin al proceso de reconciliación y deshacerse de un presidente indeciso, que para salvaguardar su poder, estaba dispuesto a hacer concesiones y a promover el equilibrio interétnico.

En uno u otro caso, la estrategia consistiría en reemplazar a Habyarimana por un integrista hutu y encontrar la excusa necesaria para realizar el plan premeditado de exterminio de los tutsis, de todos los moderados del régimen y de los militares belgas de la MINUAR, acusados de simpatía por el FPR (18), como había sucedido en las horas que siguieron el atentado aéreo. Un hecho es cierto: Habyarimana ya no era capaz de denunciar los acuerdos que él había firmado. Tampoco podría aplicarlos, debido al radicalismo del FPR.

A las matanzas y represalias contra los tutsis perpetradas por las FAR, la guardia pretoriana y las milicias hutus, responden con la misma crueldad las milicias tutsis y el FPR con sus guerrilleros superarmados y bien entrenados en Uganda, en las filas de las tropas del Ejército Nacional de Resistencia (NRA) de Yoweri Museveni.

El genocidio es mutuo y peor que en Burundi al disputarse ambos ejércitos el control de la capital Kigali, según un viejo teorema africano ya experimentado en Angola y en Chad:

quien controla la capital tiene la legitimidad y el poder, y también para negociar en una posición de fuerza.

En seis semanas de combates (finales de mayo), el balance es escalofriante: más de 500.000 muertos y 1,5 millones de personas desplazadas.

Ante el fracaso de las negociaciones entre los duros del gobierno y los del FPR, que se oponen a cualquier intervención extranjera que jugaría a favor del poder de Kigali, y las vacilaciones del Consejo de Seguridad de la ONU favorable a la propuesta norteamericana de enviar a Ruanda una fuerza de interposición compuesta integralmente de las tropas procedentes de los países africanos (19), las matanzas irán incrementándose en ambos bandos. No se puede esperar gran cosa de los países africanos enfrentados a graves problemas políticos y económicos internos.

La solución al problema ruandés, difícilmente asequible a corto o medio plazo, a causa del radicalismo de las partes armadas, pasa por la reconciliación nacional y el previo desarme de dichas partes. El FPR, de predominio tutsi, no debe imponer una solución militar a la mayoría hutu, sin cuyo consentimiento le resultaría imposible gobernar. Las elecciones tampoco deben confirmar la victoria numérica sobre los tutsis, que en adelante cuentan con un argumento de fuerza. Ha de lograrse un consenso mediante la aplicación de los acuerdos de Arusha extendidos a todos los protagonistas, al margen de la bipolaridad actual, y el reparto equilibrado del poder entre la mayoría hutu y la minoría tutsi, como primer etapa en el proceso de democratización. En ambos lados se deben superar los temores y la desconfianza injustificados.

### **Conclusión.**

Los antagonismos entre hutus y tutsis en Burundi y Ruanda, menos rígidos en el periodo precolonial en el que el mwami aseguraba el equilibrio entre los distintos grupos socioprofesionales, cristalizaron con la política colonial de la "teoría de la desigualdad natural entre las razas", manipulada por razones de división para sentar la dominación y la evangelización.

Los poderes postcoloniales en sus prácticas de clientelización de las masas, recuperaron esta teoría para fortalecer las rivalidades étnicas que bloquean cualquier transición democrática pacífica al convertir el miedo del otro y la intimidación permanente en una constante de la política gubernamental.

Los inimaginables genocidios a los que asistimos en la actualidad, lejos de obedecer exclusivamente a los antagonismos étnicos, también son el resultado de la lucha por la supervivencia en estos países con las tasas de densidad por Km<sup>2</sup> más altas del mundo (231 habitantes en Burundi y 353 habitantes en Ruanda) con la consiguiente escasez de las tierras disponibles. Ello sirve de caldo de cultivo a una juventud cada vez más numerosa y desocupada y, por lo tanto, atenta al discurso oficial de limpieza étnica.

Las alianzas regionales e internacionales han jugado también un papel de factor impulsor. En el caso particular de Ruanda, los gobiernos de Zaire y Uganda en su búsqueda de hegemonía regional han apoyado o armado a uno u otro de los protagonistas, permitiendo el endurecimiento de las posturas. De igual modo, las rivalidades franco-belgas con sus preferencias a favor o en contra de una de las partes, han bloqueado la solución negociada del conflicto.

La salida de este rompecabezas burundo-ruandés pasa por la previa neutralización de los integristas de ambos grupos y de los actores regionales, seguida de las presiones de Francia y Bélgica a sus respectivos aliados para negociar sobre la base del equilibrio. En cuanto a los protagonistas directos deberían superar sus temores respectivos y las divisiones superficiales para recuperar la historia común basada en la tolerancia y la coexistencia pacífica.

Es deseable una solución federal en cada país, con un Estado central de derecho integrado por los representantes de ambas etnias y respetuoso de las autonomías locales constituidas por las distintas nacionalidades encargadas de la gestión directa de sus propios asuntos. La imposibilidad de resolver los problemas urgentes de desarrollo por cada etnia-nación, desembocará en una necesidad natural de asociarse con otros pueblos del país y de la zona. Ello es ineludible para estos países con recursos limitados y que forman parte de los países más pobres del mundo.

En cuanto a la comunidad internacional, debe salir de su inmovilismo actual para poner fin a las matanzas y favorecer la ayuda humanitaria tanto a las poblaciones abandonadas a su propia suerte en estos dos países, como a los refugiados condenados a una muerte segura en los países vecinos. Esta acción humanitaria debe acompañarse de la detención de los responsables directos de estas matanzas, que deben responder de sus crímenes ante los tribunales competentes. Es la única manera de restaurar un Estado de derecho, de dar un sentido al derecho de injerencia humanitaria a favor de los pueblos, y de evitar la repetición de los genocidios.

#### NOTAS

(1) LEYMARIE P.: "Le beau rôle", *Le Monde Diplomatique*, París, mayo de 1994, p. 26.

(2) Existen distintas versiones sobre el origen de los tutsis. Algunos autores lo sitúan en Asia Central y otros en el Valle del Nilo y las mesetas etíopes.

(3) ZIEGLER J.: *Le pouvoir africain*, Editions du Seuil, París, 1979, p. 71.

(4) PABANEL J.P.: "Le Burundi: un Etat d'origine traditionnelle", en VV.AA. *Etats d'Afrique noire: Formations, mécanismes et crises* (compilador: Jean-François Médard), Karthala, París, 1991, p. 282.

(5) MVUYEKURE A.: "Idéologie missionnaire et classification ethnique en Afrique centrale", en VV.AA. *Les ethnies ont une histoire* (Dir.: J.P. Chrétien y G. Prunier), Karthala-ACCT, París, 1989, p. 318.

(6) GAHAMA M. y MVUYEKURE A.: "Jeu ethnique, idéologie missionnaire et politique coloniale: Le cas du Burundi", en VV.AA. *Les ethnies ont une histoire*, op. cit., p. 311.

(7) El Gobierno de Pierre Buyoya que integraba sólo a tres ministros hutus en octubre de 1987, nombró en los últimos meses de su régimen, a muchos hutus en importantes puestos gubernamentales.

(8) CHRETIEN J.P.: "Pluralisme démocratique, ethnisme et stratégies politiques: La situation du Rwanda et du Burundi", en VV.AA. *L'Afrique en transition vers le pluralisme politique* (Dir.: Gérard Conac), Economica, París, 1993, p. 143.

(9) PABANEL J.P.: op. cit., p. 283.

(10) Para ampliar temas sobre la Carta de la Unidad y la nueva Constitución burundesa, véanse RUTAKE P.: "L'Afrique en transition vers le pluralisme politique: Le cas du Burundi", en VV.AA. *L'Afrique en transition...* op. cit., pp. 199-204, y SPILIOPOULOS G.: "Cap maintenu au Burundi malgré les vicissitudes", en VV.AA. *L'Afrique en transition...* op. cit., pp. 205-207.

(11) THEULET X.: "Sylvie Kinigi, ou comment faire échec à un coup d'Etat", *Jeune Afrique Economie* nº 174, París, diciembre de 1993, p. 81.

(12) Véase HELENE J.: "De violents combats ont éclaté dans la capitale ruandaise", *Le Monde* del 8 de abril de 1994 p. 3.

(13) SOUDAN F.: "Ruanda: sept questions sur un massacre", *Jeune Afrique* del 19 al 25 de mayo de 1994, p. 13.

(14) CHRETIEN J.P.: op. cit., p. 146.

(15) El presidente Habyarimana consideraba que Ruanda era un país pequeño y pobre para acoger a todos estos refugiados, estimados en unas 500.000 personas exiliadas en los países vecinos. La verdadera razón era política, al proceder muchos refugiados de Uganda, feudo y retaguardia del FPR. Aceptar tal eventualidad hubiera reforzado numéricamente los simpatizantes tutsis del FPR en el país.

(16) KARWERA S.: "Ivres de vengeance", *Jeune Afrique* de 14 al 20 de abril de 1994, p. 17.

(17) HELENE J.: op. cit., p. 3.

(18) Véanse BRAECKMAN C.: "Une Afrique endeuillée, si loin de l'Europe...", *Le Monde Diplomatique* de mayo de 1994, op. cit., p. 26; y GAILLAR P. y BARRADA H.: "Le récit en direct de la famille Habyarimana", *Jeune Afrique* del 24 de abril al 11 de mayo de 1994, p. 17.

(19) Véase HOCHÉ C.: "Rwanda: Silence, on assassine!", *L'Express* del 26 de mayo de 1994, París, p. 10.

# hilkka

48 zka. 1994ko ekaina
"Ezberria, batez ere, gauzak ihusteko modu berri bat da"
300 pezeta / 15 libera

Carmen Eljabeitia



HAY  
OTRAS  
EUROPAS

pero están en ésta

Zer inporta digute europar  
HAUTESKUNDEOK?

Eransten dute: Txalo ElkizteHB, Andoni Perez AyalaIU, Jorri BigasVérdes, Jose IñarriaZutik